

## HUMILDAD EXTERIOR DE SANTA TERESA DE JESÚS

(Conclusión)

No miren hijas mías y señoras mías, el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado, y perdónenmele.  
(*Santa Teresa de Jesús en sus últimos instantes*)

Admiremos a la humildísima Teresa de Jesús dándonos el postrer ejemplo de humildad en vida.

Que si la vida de los justos es como luz brillante que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, al apagarse en el tiempo esta luz para brillar en perpetuas claridades despide más soberano y vivo resplandor. Como ya está cerca de entrar en la región de la luz y claridad eterna, diríase que la vida de los Santos participa ya en aquellos solemnes momentos y refleja algo de este divino fulgor. Contemplemos, pues, cómo brilla este lucero del Alba próximo a apagarse en el tiempo, los divinos fulgores que arroja de sí de humildad desde la cátedra de la verdad, cual es la hora de la muerte.

Trasladémonos con la consideración a un pobre convento de Alba de Tormes, en la más pobre mansión o celda de una carmelita descalza, y allí veremos una escena de las más tiernas y admirables que han admirado los Ángeles. Estemos atentos a fin de recoger las últimas lecciones de una Maestra celestial dada por Dios a su Iglesia: oigamos con reverencia las últimas palabras de una Madre de numerosísimos hijos que va a darles las más importantes encomiendas. Como en aquella hora el afecto se enardece con la perspectiva de la pérdida pronta del objeto amado, grábanse mejor en el ánimo los documentos que se nos dan. Por ello Jesucristo en su última hora, como observa el Doctor Angélico, dio los ejemplos y documentos más grandes de amor y de humildad. Y Teresa de Jesús, en todo fiel emuladora de Jesucristo, debía también en aquella hora solemne copiar tan divino modelo. Oigamos lo que dice a su confesor, que le pide designe el lugar dónde debía descansar su cuerpo después de muerta. “¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?”. Esta es toda la contestación que da la humilde Santa, que sólo aspiraba a que le diesen un poco de tierra, olvidada de los honres que debían rodear su glorioso sepulcro.

Mas donde se nos muestra lo sumo de la humildad es en sus últimos momentos. Rodeada de sus queridas hijas, que la amaban con más tierno y subido amor que a la mejor de las madres suelen amar los hombres, y que la veneraban como a Santa y oráculo de celestial sabiduría, Teresa de Jesús abre su boca y les dice: “Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja las ha dado, y perdónenmele, y rueguen por mí”.

Estas fueron las memorables palabras de virtud y de vida que salieron del humilde corazón de la Santa en aquella postrera hora. De la abundancia del corazón habla la boca, ha dicho la Verdad eterna, y de un pecho humildísimo no podían exhalarse más que sentimientos de profundísima humildad. ¿Con que, Santa mía, mala monja os llamáis y por tal os tenéis en aquellos solemnes momentos en que se ve claro y se llaman las cosas por su propio nombre, porque callan las pasiones al acercarse la hora de la eternidad? Si es así, ¿cómo nos llamaremos nosotros que no hemos guardado, no ya la regla estrecha de los consejos evangélicos, sino que ni tan siquiera las obligaciones más esenciales de cristiano? Y no obstante vivimos tan tranquilos en nuestra insensibilidad, que de temer es nos sorprenda la muerte sin haber reflexionado sobre nuestra mala conducta. ¡Con cuánta justicia debemos exclamar con nuestra Doctora: Oh muerte muerte, y ¿quién no te temerá habiendo tan mal gastado la vida?

Hasta que espiró esta alma purísima, que por boca de los Vicarios de Cristo jamás perdió la gracia bautismal, no se le cayó de la boca mientras le duró el habla este verso del Real Profeta y penitente rey David, de quien era muy devota: “No desecharás, Dios mío, un corazón contrito y humillado. **Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies**”. Pudiera pedir a Dios y a su esposo Jesús que no la desechase en aquella hora postrera, alegando los muchos trabajos que por su gloria había sufrido, los méritos que había adquirido mirando por su honra, las penitencias asombrosas, en fin, que había practicado; pero todos estos motivos no hacían tan buen efecto a su humilde corazón, ni los juzgaba de tanta fuerza para mover a piedad al Corazón de Cristo como el presentarle la contrición y humildad de corazón. Ciertamente que en esta parte nos da una lección importantísima y que no debemos olvidar los devotos de tan gran santa y sabia Doctora. No podemos negar que Teresa de Jesús conocía

bien las razones de mayor eficacia para inclinar a misericordia el corazón de su Amado. Ella que estaba íntimamente a su Corazón unida, debía conocer los gustos de este Corazón adorable, las aficiones, las simpatías. Y en aquel supremo momento, del que pendía nada menos que su felicidad eterna o eterna desdicha, entre mil razones debía escoger las de mayor eficacia para merecer la perseverancia final. ¿Y cuál escoge? La contrición, la humildad, y no otro. Luego con ninguna cosa agradaremos mejor a Jesucristo y mereceremos su gracia que con la humilde contrición de nuestros pecados.

¡Oh cuánto se agradecería el Corazón de Cristo oyendo las voces de su Amada rogándole que no la desechase, pues le ofrecía un corazón contrito y humillado! ¡Qué suavísima resonancia harían en su pecho estas notas dulcísimas cantadas por esta celestial y enamorada filomela al declinar la tarde de la vida! Y como Teresa de Jesús conocía la complacencia amorosísima con que oía su Amado este cantarcillo, lo repetía y no se le cayó de la boca hasta que oyó su respuesta que le dijo: “No desdeño, Teresa mía, sino infinitamente aprecio a todo corazón contrito y humillado: y en prueba de mi estimación y amor, ven a mis brazos, esposa mía, ven, y eterna lazada de amor una ese corazón contrito y humillado con el mío glorioso y feliz”.

Así murió la humilde Santa para ser ensalzada y glorificada según los grados de su humildad. Cuanto más humilde, más gloriosa. ¿Qué gloria, pues, no tendrá la humildísima Teresa en el cielo? Allí, cerquita de Jesús, María y José goza de una gloria inmortal y de una elevación incalculable. Felicitémosla, lectores queridos, por su inmensa exaltación, y al hacerlo recordémosle que hay en nosotros esa raicilla de soberbia que retoña sin cesar y nos estorba ser humildes de veras. Pidámosle la arranque del pecho de todos los que la aman, porque si no la imitamos en la humildad no estaremos en su gloriosa compañía, porque la soberbia es la única u original causa que puede cerrarnos las puertas del cielo y abrimos las del infierno y despeñarnos en él.

¡Oh humildísima Santa! reconocemos contigo que mientras vivimos en este mundo no hay cosa que más importe que la humildad, y que sin ella a cada paso nos dejará el Señor y con ella le traeremos de un cabello a nuestras almas. Confesamos ser esto verdad. Mas ¡ay humildísima Santa nuestra! conocemos lo que nos conviene, pero al venir a la práctica nos olvidamos de ello, no lo hacemos. Ayúdanos, pues, a ser humildes de corazón. Por el estudio que hemos hecho de tu humildad, danos esta hermosa virtud, sin la cual es imposible agradar a tu Jesús y salvar nuestra alma. Esto te pide para todos tus amantes, y en especial para sí mismo, el que te ama con pasión. Darás una prueba más de ser la mujer más agradecida del mundo, si oyes la súplica de tu más humilde siervo y obsequioso devoto.

E. de O.

## DESDE LA SOLEDAD

Dice un libro que yo leí, que si dejamos a Dios cuando El nos quiere, que cuando le querremos no le hallaremos.

*(Santa Teresa de Jesús, cart. fragm. 18)*

¿Os acordáis, mis buenos amigos, que el Solitario os decía en el mes de enero: “¡Cuán contento quedaría mi espíritu, si al preguntar en el próximo retiro (15 de cada mes) a mi Señor Jesucristo y a su esposa Teresa, de vuestra salud espiritual, pudiese oír de sus labios como otro Ananías: Fulano ora!” ya no pediría otra explicación al Señor, y quedaría tranquilo de vuestro porvenir y eterna felicidad? Pues sabed, mis queridos, que sí he preguntado a Jesús y a su Teresa por vuestra salud espiritual. Y me ha dicho... ¿queréis saberlo?... Pues os lo diré con la franqueza de amigo. Ha querido significarme el Señor que algunos de los amantes teresianos oran como deben; otros con tibieza; y no faltan almas a quienes querría el Señor más unidas a sí por la oración para comunicarles sus secretos y gracias y regalos, y que se resisten a ello.

Mucho me he compadecido de estos últimos que están en sumo peligro, porque después de haber puesto la mano en el arado vuelven atrás; después de haber gustado las suavidades del trato con Dios, las rechazan con desprecio o desvío por echar de menos el gusto de las cebollas del Egipto de este mundo. ¡Pobrecillas! Desgracia eterna les está reservada a

estas almas que fueron iluminadas por Dios y quieren apagar esta luz, si no se enmiendan. Tentación es esta la más mala de digerir. Por eso queremos combatirla. Atiendan lo que dice de sí misma la gran Teresa: "Desde que no estuve arrimada a la fuerte columna de la oración, fue más perdida mi vida". ¿Y no te sucede otro tanto a ti, amigo mío, desde que vas aflojando en la oración? Reflexiónalo... ¿No es verdad que experimentas gran flojedad y oscurecimiento de espíritu? La imaginación está más loca e inquieta; el pensamiento más vago y frívolo; la voluntad más débil para el bien, cobrando hastío a los ejercicios de piedad que antes formaban sus delicias. Te encuentras en el hablar más libre, en el mirar menos recatada, gustando de ver y ser vista, y más caprichosa y exigente en los deseos; en una palabra, te hallas como un cuerpo atacado de perlesía que no se puede desembarazadamente mover. ¿No es ésta vuestra historia, almas que vais aflojando en la oración?

Mas si os es desabrido ver este cuadro que os retrata al vivo, considerad lo que pasa en otras almas a quienes vosotros conocéis.

¿Recordáis aquella joven que, mientras pasaba cada día un cuarto de hora de oración en soledad era el consuelo de sus padres, el encanto de su familia por su docilidad y obediencia, por su piedad y candor, y hoy es su amargura y tormento por su altivez, por sus terquedades y desobediencias? ¿De dónde mudanza tan deplorable? ¿La queréis saber? No preguntéis más: es que dicha joven no ora ya como antes. Dejó a Dios, y Dios la va dejando en manos de su réprobo sentido.

¿Conocisteis a aquel hombre modelo en su juventud, y hoy anciano desvergonzado, escándalo de todo el pueblo por sus palabras y obras? ¿Sabéis la causa? No es otra que el haber abandonado la práctica de la oración.

¿Veis?... Mas ¿a qué cansarme y cansaros aduciendo ejemplos?

Regla infalible es que, a medida que el alma se da más a la oración, se halla más animosa para el bien, más espiritual; y así que afloja o abandona la oración se vuelve más tibia, más floja, más indiferente u hostil a todas las cosas de virtud. Adelanta el alma y persevera en la virtud y perfección mientras ora: recae o retrocede así que abandona la oración. Es la historia de todas las almas en todos los siglos. Por lo mismo, así como para probar el Señor la sincera conversión de Saulo alegaba por razón única que ya oraba, para demostrar el mal estado o perdición de un alma bastará poderse afirmar que no tiene oración.

Para que nadie crea que exageramos al hacer estas sencillas indicaciones que la experiencia propia confirma, queremos recordarles que la mujer, funesta y tristemente célebre, conocida por el seudónimo de Jorge Sand, fue en su juventud, mientras en el colegio donde se educaba se dedicó a la oración y ejercicios de piedad, una joven virtuosa, casi modelo de sus compañeras. Después que abandonó la oración... no hay que recordarlo: la historia actual dice lo que ha sido, y es mejor que todas nuestras palabras. Sirva este hecho de ejemplo, y escarmienten en cabeza ajena las jóvenes, sobre todo las que se dan con fervor por algún tiempo a la oración, y después la abandonan y arrojan de sí cual molesta carga. ¡Oh!, con cuánta verdad se cumple al pie de la letra el epígrafe de nuestro artículo que recuerda tan oportunamente la santa Doctora: Dice un libro que yo leí, que si dejamos a Dios cuando él nos quiere, que cuando le querremos no le hallaremos. ¡Ojalá sólo el libro, y no muchos que esto leen, lo digan con lágrimas en los ojos!

Pero yo quiero descender a casos y razones particulares que me iréis poniendo por reparos, porque quiero desalojaros de la última trinchera de todas las excusas por no darnos a la oración. Quiero convenceros que si queréis podéis orar, a lo menos por un cuarto de hora al día, y que si alguno no lo hace se vea obligado a exclamar: Puedo, mas no quiero hacerlo, para en este caso desesperado convidar a todos los devotos de la Maestra de la oración a llorar, o mejor a orar sobre el sepulcro de este nuestro hermano querido, muerto voluntariamente a la vida sobrenatural y de la gracia. Quizás el llanto y las oraciones de estos hermanos conmovrán, como en otro tiempo las de Marta y María, el Corazón de Jesús, y al decirle: Ven, y verás como ya hiede nuestro hermano a quien tú amas, dará un grito fuerte, le dará una llamada extraordinaria que le hará salir del sepulcro de su tibieza, de su apatía y miserable estado. Que en verdad gracia y no ordinaria se necesita para arrancar del lecho de la muerte a un alma sin oración que quiere allí permanecer. Y si por nuestros ruegos no lo hace, interesaremos al corazón de Teresa de Jesús para que nos ayude a devolver la vida espiritual a esta alma que no ora, que las súplicas de Teresa de Jesús son poderosas para alcanzar cuanto pretendan, porque Jesús se lo prometió. Y si con todos esos medios aún quiere dormir en el sepulcro de la muerte, nos retiraremos de esa alma para pedir por otras, diciendo: Hemos curado a Babilonia, y no ha querido sanar; dejémosla en manos de su propio consejo.

¿Quién de vosotros, hermanos queridos, querrá verse en este caso extremo de perdición? por cierto que nadie. Mas tened en cuenta que a él se llega dejando un día la oración por una cosa, otro por otra, y por fin del todo, que el demonio como enemigo astuto no se atreve de golpe a desarrimarnos de la columna de la oración. “Es una lima sorda”, decía nuestra Santa, que conocía bien sus mañas y marañas.

Mas ningún daño os hará el demonio con sus astucias si sois fieles en hacer todos los días el cuarto de hora de oración, siguiendo los consejos que por vuestra eterna salud os dará vuestro mejor amigo en Jesús de Teresa.

El Solitario.

## SIMPLICIDADES SANTAS DE TERESA DE JESÚS

### IV

Vamos a admirar una de las más embelesadoras simplicidades de nuestra querida Santa. Ella misma la califica así, y la describe con inimitable candor. Y como es tan conforme su imitación o práctica al espíritu que la santa Madre Iglesia quiere despertar en nosotros durante estos días de Cuaresma, os ruego, mis buenos amigos, toméis con empeño el adquirir tan hermosa y provechosa simplicidad. Oigamos a la Santa, como nos lo cuenta en el libro de su Vida, cap. 9: “Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, a mi parecer, en las partes a donde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas, en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aún desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración, sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir”.

¡Oh mis buenos amigos! ¿No es verdad que os halláis fuertemente movidos, como la seráfica virgen Teresa, a acompañar al Señor Jesús en este paso, el más doloroso de su Pasión? La soledad del lugar, la quietud de la noche, la tibia luz de la luna, el apartamiento de toda criatura, la prolongada agonía de Jesús, lo raro del caso del sudor de sangre, el abandono en que dejan al buen Jesús sus más allegados amigos, el desamparo de su Padre celestial.- todo convida a acompañar al Señor Dios de nuestras almas en este paso de la oración del huerto. Miremos a Jesús...aquella frente, que esclarece la lumbre de la gloria, toda goteada de sudor de sangre... oigamos los violentos latidos del corazón adorable de Jesús, que agoniza y lucha terriblemente contra todos los pecados del mundo que a tropel quieren precipitarse sobre él, por haberse hecho fiador por nosotros, como dice el Apóstol. Sentémonos, si nos cansamos de acompañarle arrodillados en las tres horas de oración, sentémonos bajo uno de aquellos seculares olivos, y acompañémosle al menos compadeciéndole en sus penas...

Oigamos cómo exclama en su agonía: Voy buscando quien me consuele, y no lo hallo... Miro a mi alrededor por ver si descubro alguna alma compasiva, y no la encuentro... Sólo mi indignación y la fuerza de mi brazo me ha auxiliado.

A estos clamores, que no lograron ablandar el corazón de ninguna criatura ni hacer más vigilantes a sus Apóstoles, se abren los cielos, y aquel lugar de dolor y angustia mortal brilla con mayor esplendor. ¿Qué sucede? Un Ángel se ha compadecido del abandono en que dejan los hombres ingratos al Hijo de Dios hecho hombre por su amor, y ha descendido a confortarle... ¿Un Ángel, Jesús mío, ha de ser quien te conforte y acompañe en este dolor y soledad, y no un hombre? ¿Pues que acaso, Bien mío, estás padeciendo por los Ángeles? ¿No eres tú el Redentor de los hombres? Pues ¿dónde están? ¡Ay, Jesús mío! entonces como ahora la mayor parte te abandonan, y los más allegados a tu persona duermen descuidados de lo que pasa. Tú agonizas por las almas por promover la gloria de tu Padre celestial; y aquí en la tierra no hallas quien te imite, quien te acompañe y te consuele en tu desamparo... ¡Si al

menos, Señor, admitieras mi compañía! Ruin es, lo confieso, Amado mío; y quizás al procurarte un consuelo, por no saber más te obligaré a que me digas, como Job a sus amigos: Soisme consoladores molestos... Pero, Dios mío, está solo y tú has dicho: ¡Ay del que está solo! Quiero acompañarte, pues, si no tan de cerca como tu enamorada esposa Teresa, a lo menos de lejos, para mirarte y compadecerte. Todos los días, hasta que resucites glorioso, quiero acompañarte por el tiempo de un cuarto de hora. Si no me quieres cerca de ti por no agradarte mi ruin compañía y aumentar tu angustia con mi ingrata presencia, me pondré a la puerta del huerto de las olivas, o me subiré a uno de sus árboles para que me mires cuando levantes tus ojos divinos al cielo para orar, pues mi única ansia es que se cruce tu mirada con la mía, porque será para mí origen de todo bien. Mírame, oh mi amado y agonizante Jesús, como miraste a Pedro perjuro y a Magdalena pecadora. Vesme aquí postrado a tu presencia compadeciéndome de tu pena y dolor, y no me levantaré, Jesús de mi alma, hasta que me mires con esos tus hermosos y piadosos ojos. No importa que estén oscurecidos con el sudor de sangre: ese matiz aún les prestará mayor encanto, Mírame, Jesús agonizante por mi amor, pues quiero experimentar la verdad de las palabras de tu enamorada esposa Teresa, que tanto se aficionó por tus ojos, cuando dice: "Tiene tanta eficacia la mirada con piedad de Cristo, que el alma no la puede sufrir". Mírame, Jesús, con amor, así como yo te miro agonizante con la mayor compasión.

E. de O.

## SÚPLICA FILIAL A SAN JOSÉ EN SU DÍA

Aquí tienes, Santo mío, a tus pies postrada un alma que te adora y ama con filial cariño, y se regocija y honra llamándote su señor y Padre. Ruin es, lo confiesa, y pecadora; mas quiere hoy dejar de serlo o al menos de parecerlo, porque quiere parecerse a su Divina Majestad. ¿En qué, Santo mío? **En querer ser pagada por los servicios y obsequios que te ha prestado.** No te extrañes de mi exigencia peregrina, pues me ha movido a ello, Santo mío, tú que todo lo puedes y socorres en toda necesidad, una cosa que me ha enseñado tu más amante Hija santa Teresa de Jesús. "¡Cuán cierto es, dice la santa Doctora, de nuestro natural querer ser pagadas!" Pues yo quiero, Santo sin igual, que me pagues lo que me debes, que sabes es mucho, porque mucho he trabajado por ti, y sabes las necesidades extremas en que me hallo: sin espíritu de fe, de oración, de sacrificio, con deudas delante de Dios innumerables y delante de los hombres...Procuraré para más obligarte y para que me pagues más pronto y mejor, hacer tu fiesta con toda solemnidad que pueda, muy curiosamente y bien, como tu sierva santa Teresa; hacerte una devota novena, y adornar tu imagen de flores y de Angelitos, y hacerte música y cantarte dulce cantarcillo todos los días a ti y a tu Niño amado Jesús, para que se duerma en tus brazos. Quiero comulgar tres veces durante la novena, y meditar todos los días durante ella media hora a lo menos sobre tus bondades, tus alegrías y pesares. Pero eso sí, al final de ella ha de venir la paga toda, toda entera. ¡Cuántos años ha que la solicito!... Bien lo sabes, Santo mío, pues fiada en ti, me hallo adeudada con Dios y con mis prójimos. Y no te maravilles de mi pretensión, pues es de nuestro natural querer ser pagadas. Págame, pues, Santo glorioso, lo que me debes, pues quiero serte más deudora para estarte más obligada. "Esto no debe ser malo, pues también quiere serlo Nuestro Señor, aunque no tiene comparación lo que le debemos y merece su Majestad ser servido; mas parezcámonos a él, sea en que quiera", como dice tu Benjamina<sup>1</sup> santa Teresa de Jesús, y te recuerda tu más molesto devoto.

Ya no sólo de él te acuerdes en tu día, sino de la Iglesia y sus ministros, de quienes eres Patrón y modelo, y en especial de nuestro santísimo Padre el para Pío IX, que tanto te ha honrado; de todos los católicos que sufren persecución, y en particular de los devotos de tu hija más amada santa Teresa de Jesús. Dale espíritu de oración y de recogimiento, y a tu querida España paz y toda clase de felicidades. Con María inmaculada tu esposa y con santa Teresa de Jesús tu hija has de obrar un prodigio en tus días. ¿Lo harás, Santo mío?... ¡Ah, devotos teresianos! si supiésemos fiar de san José, y con ilimitada confianza pedirle por María y Teresa de Jesús protección en su día!...

*Un alma agradecida al Santo sin igual*

---

<sup>1</sup> Santa Teresa de Jesús, carta nº 100, a la Priora de Sevilla.

## AMEMOS A SANTA TERESA DE JESÚS

### I

Con esta dulce y cariñosa exhortación nos está llamando a todos los cristianos, y de un modo especial a todas nosotras, queriditas hermanas, el inspirado fundador de nuestra santa Asociación al principiar el tercer año de la publicación de la **Revista Teresiana**, que dirige; y con las mismas palabras empiezo yo esta serie de artículos, o cabos sueltos, o lo que sea, para desahogar mi pecho trasladando al papel lo que siente, y ver si de esta suerte podrá pegar en alguna alma algo del fuego del amor teresiano que me consume. El celo por los intereses de Jesús y de su Teresa me devora; y al ver tanta frialdad, tanto desamor de parte de muchos corazones para con estos dos queridos objetos de mi alma, lloro de pena, y quisiera andar por el mundo dando voces: Amad a Jesús de Teresa y a santa Teresa de Jesús. Pero sobra para que se me encoja el ánimo el verme doncella inexperta con mil trabas y sujeciones, con escasas luces y virtudes, en fin, mujer y ruin, como decía por humildad la Santa. ¿Qué hacer, pues? Ya que no puedo moverme del rinconcito de mi pueblo y del lado de mis padres, la obediencia me ha compelido a ir por el mundo clamando desde las páginas de la encantadora **Revista Teresiana**: Amemos a santa Teresa de Jesús, amemos a santa Teresa de Jesús. Un corazón dormido en el amor de la Santa que logre despertar, un alma tibia que logre enfervorizar, en una palabra, un tantico más que haga conocer y amar a mi adorada Madre santa Teresa de Jesús, será sobrada recompensa a todos mis desvelos y a cuantos trabajos haya de sobrellevar, porque estoy cierta que con ello estoy haciendo la voluntad de Cristo Jesús. ¿Y en qué cosa mejor puedo emplear mi vida, mi talento y mi amor? Amemos, pues, a santa Teresa de Jesús, porque esta es la voluntad expresa de Cristo Jesús. Esta es la razón principalísima porque hemos de amar a nuestra amante Madre. Cristo Jesús así lo quiere, y cuanto más la amáremos, más amaremos a Jesús. Cristo así lo quiere. A fino y agradecido nadie puede ganar a Jesús: hasta un vaso de agua fría, dado en su nombre al pobre, quiere premiar; ¿qué mucho quiera que sea por todos conocida y amada aquella noble y privilegiada criatura que todo su afán, todo su anhelo y en todos los instantes de su vida fue dar a conocer y amar a su Jesús? Apenas tiene edad para conocer a Jesús, y ya quiere que todos le conozcan; el amor que le profesa le hace olvidar el amor que debe a sus buenos y cariñosos padres; con nadie consulta su proyecto; arden en su corazón los deseos de sacrificarse por su Jesús, y a no tenerla su Jesús y nuestro reservada para ser el prodigio de la gracia y modelo de todas las virtudes, el África hubiera recibido, o la sangre de Teresa, o la fe de su amado Jesús.

¡Bien, Jesús mío, bien! Todo lo que Vos hacéis, sabiamente lo hacéis. Si Teresa hubiese derramado su sangre en tan tierna edad, al oír su nombre lo admiraríamos y hasta tendríamos envidia, como la tenemos al oír los nombres de santo Dominguito, Justo, Pastor y otros tiernececitos infantes mártires; pero no la podríamos llamar Madre. ¡Bien, Jesús mío, bien! Dejaste en vida a tu amada Teresa, para presentarla a todas las generaciones venideras como tipo y acabado modelo de la mujer cristiana, como celosísima defensora de tu honra, como Madre de innumerables hijos e hijas, que os habían de dar a conocer y amar por toda la redondez de la tierra.

Amemos a santa Teresa de Jesús; cuanto más la amáramos, más amaremos a Jesús. No da un paso que no vaya hacia Jesús: nada piensa, nada obra que no sea por Jesús y para Jesús. Teresa allá, en lo más alto de la montaña de la perfección, despliega su bandera, en donde se lee: **Todo por Jesús**; y nosotras, queridas hermanas, al grito de **¡Viva Jesús!** siguiendo los pasos de nuestra Madre, iluminados con su celestial doctrina, practicando las virtudes de nuestro estado, que en grado heroico ella practicó, andaremos seguras sin temor de perdernos, y no nos hemos de parar hasta llegar a la celestial Jerusalén. Cuanto más amáramos a Teresa nuestra Madre, más amaremos a Jesús; y amar a Jesús y a su Teresa es amar la Cruz, amar los padecimientos, sufrir con humildad y resignación los trabajos y adversidades: de este modo nos haremos dignas hijas de tan cariñosa Madre, dignas hermanas de nuestro buen Jesús. No busquemos la paga en este mundo, puesto que Jesús y Teresa no apetecieron otra que padecer, y siempre padecer; carguemos con la cruz, y con la ayuda de Jesús y Teresa no solamente no nos será pesada, sino que nos será llevadera y hasta deliciosa. Teresa ama la humillación y desea con vivas ansias ser despreciada e ignorada del mundo. **O padecer, o morir**, decía la endiosada y paciente Teresa. Y nosotras ¿qué decimos, hermanitas? ¿La sabremos imitar? Fácil cosa será si reflexionamos que los árboles de que se forman las cruces sólo tienen amarga la corteza, y en su interior encierran manjares de exquisito sabor y dulcedumbre.

## II

También Jesús nos dice que amemos y honremos a su esposa Teresa, por boca de su santísima Madre. “Es expresa voluntad de Cristo Señor nuestro que sea muy honrada santa Teresa de Jesús, no sólo de los españoles, sino de toda la cristiandad”. Pues si todos los cristianos la deben honrar y amar, ¿cuánto más nosotras, jóvenes españolas, y por añadidura escogidas entre millares, para ser hijas queridas de su corazón? Tantos años que Teresa desapareció de nuestro suelo, ¿y precisamente en nuestros tiempos había de propagarse con tanta rapidez su devoción, se nos había de dar a conocer más que nunca su maternal cariño, y había de emplear su poderosa influencia con Jesús para hacernos distinguir de tantas jóvenes atolondradas y pervertidas? ¡Ah, hermanitas! Sepamos agradecer esta fineza; y no temamos la sujeción que pueda causarnos la íntima amistad con tan cariñosa Madre. Además, el corazón humano no puede vivir sin amar, y mucho menos los nuestros, tiernos e impresionables a cualquier objeto halagüeño, y ¡ay desdichadas de nosotras si amores profanos se apoderan de nuestro corazón! ¡Cuán pronto traspasaríamos la ley santa de Dios, y perderíamos la senda que conduce al verdadero amor! ¡Dios mío, Dios mío! No lo permitas, santa Teresa de Jesús; divina amante, ordena nuestro amor. Amemos, sí, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas a Teresa de Jesús, que con María inmaculada es Reina del amor; pues, como dice un sabio: El no amar a Teresa de Jesús como debemos, y no querer publicar los medios con que Dios la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer gravísima injuria al mismo Dios, oscurecer sus maravillas y poner velo a su gloria.

Amemos, pues, a santa Teresa de Jesús. ¿En qué consiste que amando a Teresa de Jesús se ama más a Jesús de Teresa? Mirad: el adorable Corazón de nuestro buen Jesús encierra para todos nosotros gracias y tesoros inmensos, deseando con vivas ansias comunicarlos a sus criaturas; pero es tan poco nuestro interés por la eterna salvación, que ni siquiera nos acordamos de ir a enriquecernos con los tesoros de este compasivo Señor; y si lo hacemos, lo poco y mal que le pedimos prueban que no tenemos una idea justa de los grandes deseos que tiene de comunicárnoslos. Pues para evitar tan enorme falta amemos a Teresa de Jesús; y ella, que sólo espera nuestros buenos deseos, nos abrirá paso y nos presentará a su Amado; pero ¡con qué anhelo de que nos aprovechemos del incendio de amor que incessantemente arde en este Corazón divino! ¡Ah hermanitas! que los ruegos de Teresa de Jesús pueden mucho, pues son ruegos de Esposa privilegiada del Cordero. No seamos, pues, remisas e inconstantes en amar a nuestra Madre: ya veis cuánto nos importa darle el amor de preferencia para conocer y amar sin interrupción al buen Jesús, que por puro amor nos sacó de la nada.

Pero ¿de qué medios nos valdremos para aprender la ciencia del amor espiritual? Nuestra misma Asociación nos proporciona el más grande recurso que se pueda apetecer, y este es el cuarto de hora de oración en soledad. Sólo al recordar este beneficio quisiera deshacerme en acción de gracias para poder pagar al buen Jesús todo cuánto le debemos las jóvenes católicas.

Pero advertid, queridas, que el amor admite muy pocas teorías, y sólo reduciéndolo a la práctica es como se consigue.

¡Teresa de Jesús! ¡Agradecida Santa! ¡Cómo pagas con creces los pequeños sacrificios de tus hijas! Preciso es confesar, Madre querida, que te hemos conocido muy tarde. ¡Ojalá te hubiéramos amado desde el momento que salimos al mundo, para poder decir con verdad que sólo Jesús había sido el amado de nuestra alma! No obstante, hoy nos has abierto de par en par las puertas de tu Corazón adorable, y nos has engolfado en ese anchuroso mar de las verdaderas y únicas delicias que en este falaz e inconstante mundo se pueden gozar.

Fidelidad, hermanas mías, al cuarto de hora de oración, y nada temamos; estamos destinadas a ser la escolta, la salvaguardia de Jesús y velar por sus intereses en estos tiempos malaventurados, en que apenas halla uno de quien se fiar; por lo tanto todo el infierno se levantará para tragarnos, si posible le fuera; pero no temamos, no; nuestro enemigo es un perro atado a una cadena, que si no vamos a donde él está, no nos podrá morder. Con ánimo varonil declarémosle guerra sin tregua ni descanso, que la victoria por nuestra parte es segura; en todos los combates acordémonos de las palabras de nuestra Madre cuando dice: “¡Oh hijas mías! en este siglo sin fe ni piedad, la gente flaca hemos de confundir el orgullo del mundo, que juzga las virtudes cristianas imposibles”. Escuchemos sus dulces lecciones, y amémosla mucho para cumplir la voluntad de Cristo Jesús; y como el amor es tan ingenioso, cada día

encontraremos modos de adelantar en este camino y descubriremos nuevas luces para amar y hacer amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús.

S. J. S. H. de M<sup>a</sup>. I. y T. de J.

## UNA VISITA AL CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

Por conducto de las Madres Teresas de Zaragoza hemos recibido copia de una extensa carta escrita a su familia por un caballero entusiasta devoto de la gran Santa, en que se dan algunos pormenores sobre el estado actual del corazón de nuestra adorada Madre. Ya que las circunstancias difíciles porque atravesase nuestra desventurada patria nos retardan, con gran sentimiento nuestro, el momento suspirado de ver con nuestros propios ojos, y palpar con nuestras manos, tan raro prodigio, sírvanos la noticia del amigo de satisfacción, que satisfacción y no poca es para todo amante de Teresa de Jesús el saber todo lo que se relaciona con nuestra Amada. Sólo debemos añadir a los datos que suministra el amigo, que según nos escriben de Roma en fecha reciente, el Cardenal encargado de dar dictamen sobre el nacimiento y crecimiento de las espinas, opina, según lo manifestó al Padre Procurador general de los Carmelitas descalzos de España en Roma, que el nacimiento y crecimiento de las espinas en el corazón de santa Teresa de Jesús es cosa sobrenatural que no puede explicar la ciencia, conformándose con lo que afirman los médicos de Salamanca en su deposición jurada. Esperamos más amplias y preciosas noticias de la Ciudad santa, para comunicarlas luego a nuestros lectores. Entre tanto den gracias a Dios, que en medio de la perversión universal conserva almas tan amantes de las glorias españolas. Dice así la carta en extracto:

Voy a contar a V. mi viaje, que podemos llamar de santa Teresa, para consuelo de V. y de los que aman a la seráfica Doctora y ansían saber los pormenores del corazón santo de la más sabia hija de la Iglesia. Sólo una voluntad de hierro y el deseo de complacer a todos me ha podido dar fuerzas para llevar a cabo un viaje tan lleno de peripecias...

Salí de Madrid a las siete de la mañana del día 1<sup>o</sup> del mes de la Santa con ánimo de estar tres días en Ávila, a donde llegué, con algún retraso, a la una de la tarde... Mi primer cuidado fue preguntar por el convento de santa Teresa de Jesús; y admiré allí la hermosa iglesia y la capilla que está detrás del altar mayor, donde por la historia y tradición consta que nació la Santa, que este es el nombre con que se conoce allí a Teresa de Cepeda y de Ahumada. Vi además en este altar el crucifijo que la Santa llevaba siempre encima, y la capilla contigua a ésta, que antes era el cuarto de estudio del padre de la Santa.

Mas como todo mi afán era venerar el corazón de mi amada Teresa de Jesús, poco me fijé en esos objetos. Así es que a las tres de la madrugada del día 2 salí de Ávila con diligencia, y llegué a Salamanca a la una de la tarde. Salí para Alba de Tormes a las tres, y llegamos a las seis de la tarde, hospedándome en una posada donde había limpieza, a pesar de haber escasez de alimentos.

Ya estoy en Alba de Tormes ¡gloria a Dios! muy contento porque voy a ver lo que tanto deseo. Mi primera visita fue en seguida ir al convento de las Hijas de Teresa, mas hallé la puerta de la iglesia cerrada, diciéndome que hasta la mañana siguiente, de seis a ocho, no se abría. ¡Nuevo contratiempo! Mas, exclamé, o yo no he poder nada, o se me ha de dejar abierta las horas que quiera.

Alba, aunque villa pequeña, tiene cuatro iglesias y tres conventos; y no hallando al Padre capellán de las monjas, fuime al Rosario en la iglesia de San Juan, y allí lo recé con unas pocas mujeres, llevándolo una joven. Concluido el Rosario, volví a casa del Padre capellán, y al verle quedamos al momento amigos y concertados para el día siguiente admirar y venerar el brazo y corazón de la gran Santa. Acosteme pensando en mi santa Teresa, a quien quería destinar los dos días siguientes, para pasarlos en su iglesia.

Al día siguiente, pues, me confesé a las seis en la iglesia de San Juan, y me fui al convento de Madres Carmelitas. Estaba abierta la iglesia, y entré en ella, aunque me parecía mentira; aquí ya no sé cómo explicarme. Al momento de entrar, vi la urna que encierra el cuerpo de la santa Madre, puesta sobre el altar mayor, urna que no se abre sino por circunstancias extraordinarias, pues tiene tres llaves, guardadas la una por el Gobierno de España, la otra por el General de los Carmelitas, y la tercera por la familia del pariente más próximo de la Santa, pasando de generación en generación. Por consiguiente, se necesita para

abrirse dicha urna el acuerdo de los tres depositarios. Antes de poner el cuerpo en el altar mayor, estaba enterrado en la misma iglesia, a mano izquierda, donde hay una capilla subterránea, en la que a veces se celebra misa, estando los concurrentes arrodillados en la misma tierra que rodeaba el sepulcro de la Santa. En la sacristía hay dos cuadros alusivos a la Santa: el uno representa cuando salen las monjas de la Encarnación de Ávila a recibirla de novicia, y el otro de su muerte, en el que se ven al pie de su lecho, en el suelo, dos hermosos Ángeles que aguardan su dichoso fin para acompañar su alma a la gloria.

Eran las siete de la mañana, cuando, para que nada faltase a la satisfacción de mis santos deseos, salió un sacerdote a celebrar misa en la capilla subterránea, donde he dicho que primeramente estuvo el sepulcro de mi Santa. Quise tener el gusto de ayudarla, y se me concedió, y por cierto con unas vinajeras ricas y hermosas, regalo de las Descalzas de Sevilla.

Luego de concluido ésta, y acabado el rezo por las monjas, se celebró la misa conventual, a la que asistió desde el coro bajo (pues alto no tienen), que está al lado del Evangelio, toda la Comunidad. Durante esta misa recibí la sagrada Comunión, que ofrecí por V. principalmente y después por todas las personas que han de leer esta mal escrita carta. Concluida la santa misa, el Padre capellán con roquete y estola, se dirigió al lado derecho del altar mayor, o sea de la Epístola, y abrió la puerta que encierra uno de los tesoros más ricos que Dios ha confiado a su España católica. Abierta esta, corrió una cortina y aparecieron dos rejas: una por detrás de las monjas, y la otra por delante de los fieles. Así resulta que las monjas pueden ver a todas horas tan codiciado tesoro, lo mismo que los fieles; no obstante, no puede tocarse ni besarse, aunque está de tal suerte colocado, que se ve perfectamente como si lo tuviera uno en la mano, pues se halla para el que lo mira a distancia de menos de un palmo, y a la altura de vara y media del suelo.

Me hizo ver el bondadoso Padre capellán en primer lugar el santo brazo izquierdo de la Santa, que forma ángulo en el codo, muy bien conservado, faltándole la mano, que la tienen las Carmelitas descalzas de Lisboa de Portugal<sup>2</sup>. Admiré el brazo como reliquia milagrosa de santa Teresa de Jesús; pero decía en mi interior: “¿Si será cosa que no he de ver por fin el santo corazón de Teresa, objeto preferente de mi viaje?”. Lo mismo me figuro dirán Vds.: “¿Si al fin nos hablará hoy del santo corazón con tanto escribir?”. Pues han acertado Vds., que sin duda la Santa también quiere que sufran un poco, pues cabalmente en este pliego se me acaba el papel, y no hay tiempo de ir por él a comprar en la tienda. Tengan paciencia. Hasta mañana (o mes que viene) que será lo primero que diré; y para que todo sea una carta, ni espacio me queda para firmarla.

(Se concluirá)

## LAS LLAVES

(Conclusión)

Felicitadme, sí, dadme la enhorabuena, lectores teresianos y lectoras ídem, porque, vamos, no podía dejar de ser: mi amigo -¡cuánto le quiero!- mi amigo ha sido tan bueno que me ha enviado una cartita como todas las suyas, en cuya lectura mi corazón ha encontrado la paz, la satisfacción, el consuelo que le comenzaban a faltar a causa de las dichosas **llaves**. Pero no quiero mortificar por más tiempos vuestra justa y piadosa curiosidad, lectores míos, ya que también como a mí, el sentido de aquellas llaves os ha hecho devanar los sesos, y tan deseosos estáis de saber el contenido de la carta de mi amigo. Vedlo, pues, ya que tanto os interesa y ya que lo primero que han buscado vuestros ojos al abrir la **Revista**.- ¿os figurabais que no lo sabía?- no ha sido otra cosa que las **llaves** de mi cuento.

“Tu carta (me dice mi amigo en la suya) me ha causado viva y agradable sorpresa, y quiero decirte que su contenido me ha hecho no poca gracia. ¡También a ti hacerte salir de tus casillas la gran **bullidora!**... Con que vayamos a cuentas. Me dices que la significación o el sentido de las llaves de tu cuento (es de abuelita, no mío) por poco no echa a perder el tuyo.

---

<sup>2</sup> Acabamos de recibir una extensa y bellísima carta de la Madre Priora de este convento de Portugal, en que nos habla de esta reliquia insigne entre frases las más ardorosas de amor a tan seráfica Madre. Daremos de ella en su día cuenta a nuestros abonados, para que vean y admiren cómo se ama a la Heroína española en extrajeras tierras.

¡Por Dios! que la cosa no es para tanto. Ni quiero que me des dos cuartos por el hallazgo, si te digo que la significación de aquellas **llaves** que Cristo Jesús perdió y halló santa Teresa, vínome a las mientes tan pronto como leí la tuya. Dime si no: ¿qué pudo por aquél entonces perder Nuestro Señor Jesucristo? Aún es más: ¿qué perdió? Bien sabes tú que los luteranos hacían gran estrago e iban en crecimiento en Francia, como dice la misma Teresa. Entonces era cuando a vista de los males que hacía aquella desventurada secta, hubo de exclamar la Santa de lo más íntimo de su corazón: -“Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo...” Y eran, por desgracia, tan verdaderos estos males, que muchos templos del Señor y conventos de Religiosas fueron destruidos por las manos de aquellos infelices sectarios. Pero pásmate, amigo mío: en el mismo día en que empezaron las casas consagradas al Señor a caer al suelo, convertidas en ruinas por la furia de los calvinistas en Francia, el mismo día en que los turcos ganaron a Chipre derribando la única iglesia con su convento que quedaba de la primitiva fundación de san Alberto, Teresa de Jesús terminaba en España la primera fundación de seis conventos, a la que siguieron otras y otras hasta el número de treinta y dos. De modo y manera, que podemos decir con toda verdad, que si el Señor perdió allá, como quien dice, las llaves de sus templos y casas de Religiosas, pues para él quedaban cerradas y aún peor que cerradas; Teresa de Jesús encontraba aquí manera de abrir y fundar nuevos y numerosos templos del Señor y conventos de Religiosas y aún de Religiosos, y por consiguiente, las llaves que Jesús allá perdía, aquí las encontraba su Teresa.- Ahora bien: ¿Te satisface esta interpretación? ¿Quedas tranquilo? ¿Te parece que puede ser esta la moraleja de tu cuento? Pues apúntala, y **laus Deo**. Otras muchas cosas se pudieran decir por ventura de las llaves esas, pero creo que es esta que yo te indico una interpretación por demás natural y sencilla; cuando menos no me ha sido necesario cogerla por los cabellos.- Huélgome no poco que andes espigando en los floridos campos de la tradición y la leyenda en obsequio de Teresa. Con su nombre y el de su Jesús en los labios, se repite tuyo afectísimo amigo, etc, etc”.

Pero no ha sido solamente esta, mis queridos lectores, la carta que de las llaves ha venido a darme amplias noticias, noticias que yo tanto anhelaba. Otras cartas han llegado a mí también para recreación y consuelo de mi alma, cuya lectura he repetido yo a solas muchas veces. Si no temiera cansaros... si no temiera que me dijeseis: - ¡Váyase nora mala y déjese V. de cuentos!.. si, en una palabra, no os fuese enojosa la lectura de estas cartas... - ¿Me decís que no? Pues, escuchad... Pero será mejor que vosotros mismos las leáis. A continuación os hago poner en letras de molde, porque la mía es mala, esta, que por la suavidad y blancura del papel, elegancia de rasgo en las letras, y mil pequeños y deliciosos detalles que noto, pero no sé explicar, en seguida comprendí que sería de alguna distinguida joven teresiana. Ahí la tenéis.

“V. sabrá disimular mi atrevimiento ( me dice) si a instancias de mis hermanitas me he resuelto finalmente a escribirle a V. sobre aquellas llaves de que nos habla la **Revista**. Créame V. que nos hizo pagar caro el tal cuentecito, pues cuando comenzábamos a encontrarle gusto, entonces se nos para y nos dice: “Buenas noches”, quedándonos con la miel en la boca. Mi hermanita decía: ¡Qué gracia, hacernos esperar hasta el mes que viene! Pero en fin, tuvo esto de bueno, que las llavecitas aquellas también como a V. se nos metieron en la cabeza y quizás pensamos más en nuestra santa Madre. Creo que V. se hubiera reído mucho si nos hubiese oído disputar del tema de las llaves. ¿Qué será? ¿Qué no será? Mi hermanita más pequeña decía:”Callad, callad que ya lo he adivinado yo”. A ver, dínoslo pues (le replicamos). Y ella, haciendo pucheritos y bajando la voz, decía con gran misterio: - Pues, mira, son las llaves del Sagrario. ¡Yo lo he adivinado! ¡yo lo he adivinado!- ¡Sí! ¡para ti será! (le contestaba otra que es más grandecita). Pues, has de saber que no son las llaves del Sagrario, sino las llaves del cielo.- ¡Corre! (replicaba la otra) que esas las tiene bien cogidas de las manos, para que no se le caigan, el abuelito san Pedro, y yo aún no se las he visto caer.- Pero ¿dónde vais con las llaves del sagrario ni del cielo? ¿Cuándo ha perdido ésas su Divina Majestad? (les dije yo). ¿No sería mejor decir que Jesús perdió las llaves de los corazones de los hombres y que el Señor estaba triste porque casi todos estaban como cerrados para él, hasta que santa Teresa encontró en los caminos de la gracia las llaves que los abriesen? ¿No sería mejor decir que Teresa halló aquellas preciosas llaves, pues no hay corazón, por cerrado que esté a la virtud, que ella no lo abra con el delicioso atractivo de su alma, con el hechizo de su palabra, con el dulce y querido contagio de su amor? Yo no me acuerdo qué les dije más en este sentido. Disimule V. que yo me atreva a comunicarlo a V. ¡Tanto lo suplicaba V. en la **Revista**! Yo no sé si a V. le agrada esta interpretación. Por de pronto le digo que a mis hermanitas no les agradó, por más que a mamá le pareciese otra cosa, y erre que erre, se quedaron la una con

sus llaves del Sagrario y la otra con las del cielo. Como que ellas no conocen otras más preciosas... En fin, otras muchas más cosas se dijeron sobre las tales llaves, pero basta y aún sobra esto que va escrito, para mortificar a V., aunque creo que me lo perdonará todo de muy buena gana por ser todo de Teresa de Jesús, en los cuales es de V. afectísima S.S., etc., etc.”

¡Y vaya, si me agradó la interpretación de la piadosa y teresiana joven! ¡Cómo se conoce (dicho aquí entre nosotros, mis queridos lectores) que ese corazoncito está hace tiempo abierto, y abierto por Teresa de Jesús, que en eso de abrir los de las doncellas, les digo a Vds. que se acredita de día en día! ¡Llavecitas cómo esas! ¿Cuándo acabaréis de abrir el mío, entornado siempre? Lo que es las llaves no pueden ser mejores. Sólo que hay corazones que tienen el pestillo de la cerradura enmohecido, de suerte que impide a la llave el dar la vuelta. Por fortuna tiene Teresa un licor misterioso, una unción suavísima, con la cual bañando la cerradura del corazón, la dispone de tal suerte, que el corazón no tiene otro remedio que abrirse y rendirse a tan celestial y deleitable halago. ¡Cuántos corazones conozco yo y conocéis vosotros, lectores míos, y vosotras, sobre todo, jóvenes teresianas, que están ya del todo abiertos por esas llaves maestras! ¡Cuántos que están a medio abrir! ¡Y cuántos también que han oído los primeros golpecitos!... Todo se andará, mis queridos lectores... Rogad a Dios por los corazones que aún están cerrados, ¡jóvenes teresianas!

Pero todavía me falta comunicaros una carta que, entre otras, he recibido referente al mismo asunto, y que por la belleza de estilo y calor en los sentimientos que expresa, ciertamente no merece el último lugar. Es de un buen amigo mío, que conociendo de día en día más a Teresa de Jesús, la hace conocer, y con gran éxito, de muchas almas. Me podréis decir que en su interpretación de las llaves se comete un anacronismo, pues, según dice él, es en nuestros tiempos cuando se han perdido y se han hallado aquellas llaves que, según reza el cuento de la viejita, se encontraron ya cuando Teresa andaba por esos mundos; pero así y todo, no quiero privaros de su agradable lectura; y tú, amigo mío, no temas que borre ninguno de esos hermosos perfiles tuyos. Al suprimir alguna de las frases que nos diriges envuelta en flores como no saben cogerlas los **lugareños**.

“Mi atribulado amigo (me dice): cuatro palabras para tijeritas a vuela pluma, arrancadas a mi pereza con soberano esfuerzo. (Pues, amiguito mío, no te lo agradezco) Condolido de tu angustiosa situación por el hallazgo de las llaves de que te habló la viejecita de tu cuento, voy a decirte lo que he podido indagar sobre la verdad del caso, salvo error de pluma y suma. Maravíllame por extremo que en tu proverbial agudeza y sutileza de imaginación no hayas atinado que las llaves en mal hora perdidas, lo fueron las del corazón de la España católica, cerrada hacia tiempo a la fe y al amor de Jesucristo, y de nuevo abiertas a esperanzas de salud y grandeza, gracias a las maravillosas trazas que Teresa se está dando en buscar las llaves que han de mostrar los ricos senos de la misericordia y compasión de su Esposo amado. Esas llaves las he de encontrar en los preciados veneros de su celestial doctrina y heroicas virtudes, que explotadas con vivos afanes por pechos generosos y almas animosas, han de ser fecunda y sana levadura, que devuelva salud y vida a nuestra nación enferma por inanición de luz y calor. Perdiéronse esas llaves por altos juicios de Dios, allá en los un día famosos campos de la hidalguía castellana, en la reñida lid que libró la España de la fe con la España de la civilización moderna; y han de ser halladas por la graciosa Teresa, síntesis de toda beldad y hermosura. Vosotros, amigos míos, con no escasos afanes estáis ayudando a Teresa en el hallazgo de esas llaves, derramando copiosas luces de su doctrina sobre la densa oscuridad que nos cerca, y ensanchando la admirablemente oportuna Asociación de jóvenes católicas de María y Teresa, fecundada al calor de vuestros sentidos escritos y ampliamente extendida con... vuestra palabra. Vuestra **Revista** es el grano de mostaza arrojado en el corazón enfermo de esta infortunada nación, un día tan grande, hoy tan menguada, que... está destinado a ser árbol frondoso que dé sombra y refrigerio a mil cansados corazones y desfallecidas almas. Es la fuente del sueño de Mardoqueo, que ha de reverdecer con sus aguas fecundas los agostados jardines de la Iglesia. Luz y pan, pide la sociedad en sus desfallecimientos, y es necesario darle luz, mucha luz; pero luz fecunda, luz vivifica, si es que no ha de perecer por inanición de luz y de calor. ¡Ay, dulce amigo! Cuando con vuestra eficaz ayuda abra Teresa de Jesús, con las llaves de Jesús de Teresa, el corazón de España, has de ver maravillas y grandezas no vistas ni oídas...- Basta, amigo mío, basta... Dolíame ver a tu corazón apenado por la pérdida y hallazgo de las llaves de la viejita, y como siempre te quise bien y fui por extremo amigo de economizarte quebraderos de cabeza, te endilgué estos renglones. Siempre tuyo, etc., etc.”

Miren miren Vds. cómo escribe de Teresa y de las llaves que ella encontró, **el lugareño teresiano**, que así es como se firma quien me añade también (aunque sin darlo a entender a

nadie) que “para flores le bastan las de las fértiles campiñas de su lugar”. ¡Con que fiense Vds. de los lugareños!

Nada me falta ya sino dar las gracias desde estas líneas a mis buenos amigos y a esas no menos buenas y piadosas teresianas que en alas de su caridad han volado a consolar un corazón intranquilo y apenado. ¡Cómo se conoce que a Teresa tienen por su Madre! Ella nos alcance del Señor que todos seamos unos dóciles y verdaderos hijos suyos para gloria de Dios y gloria suya. Amén.

J. A. y A.

## EL JUSTO DE NAZARET

Del rudo trabajar de todo el día  
José está descansando  
delante de la huerta de su casa,  
mientras bajo el dintel sigue María  
atenta trabajando,  
sin advertir que el tiempo se le pasa  
y en Jesús y José siempre pensando.  
gallardo adolescente  
de undosa y bronceada cabellera,  
hermoso rostro y despejada frente,  
sentado está no lejos  
cual sumergido en abstracción sublime.  
¡Oh! parece del sol a los reflejos  
su profunda mirada  
penetrar el arcano de los mundos!  
En su actitud exprime  
de una fuerza inmortal nunca gastada  
los pensamientos sin cesar fecundos.  
de una belleza superior divina  
en torno flotan los tranquilos rayos...  
el alma por ventura le adivina  
y. adorándole, en secreto se le inclina,  
y el pecho de placer siente desmayos.  
¡Es Jesús, es Jesús!... Astros del cielo  
que siguiendo sus leyes  
allá sobre el Tabor formáis de lumbre  
magníficos palacios,  
que nunca imitarán altivos reyes;  
bajad presto, bajad de la techumbre  
do brilláis como lluvia de topacios,  
y de Jesús a la beldad suprema  
tejed, oh soles, sin igual diadema.  
Y no obstante, José, pobre artesano,  
“Hijo mío”, le dice; y obediente  
vuelve Jesús su rostro soberano  
a servirle dispuesto diligente;  
escucha con placer al pobre anciano,  
de sus labios pendiente;  
rebosando ternura  
le atiende cuidadoso; se adelanta  
a todos sus deseos;  
todo gusto y regalo le procura  
con un amor que al Serafín encanta:  
¡con qué vivo interés y afán prolijo  
obedece a José, Jesús cuál hijo!  
¿Qué mucho, si José sin perder hora  
por su Jesús a madrugar se obliga

y rendido su cuerpo de fatiga  
en su taller le encuentra ya la aurora,  
maderos cepillando,  
y tablas puliendo,  
de esta suerte ahuyentando  
la pálida miseria aterradora,  
de la paz y virtud siempre enemiga?  
¿Qué mucho, si José, ya anciano, vierte  
en la ardorosa siesta del estío  
de copioso sudor ingentes gotas,  
que por su cuello bajan como en río,  
sin que a secarlas en su afán acierte?  
¡Ah! mil veces la muerte,  
dice exclamando, palpitante el pecho;  
muertes mil sufriría  
antes que contemplar bajo mi techo,  
aquí, los llorosos ojos de María;  
de Jesús allí el rostro macilento  
pidiéndome con lánguida mirada  
y suplicantes brazos el sustento,  
sin que yo en mi acerbísimo tormento  
les pudiese ¿Dios mío! ofrecer nada...

Y Jesús, que un amor tan tierno y vivo  
lo experimenta asaz y lo comprende,  
de día en día en el amor se enciende  
del gran José, su padre putativo.  
Si la edad, los trabajos y amarguras  
le abaten con su peso,  
con su boca, que es fuente de dulzuras,  
vuela Jesús a imprimir un beso  
del amado José en la frente bella,  
borrando así con amoroso exceso  
del maligno dolor la horrible huella.  
en la apacible y deleitosa calma  
de las noches serenas,  
cuando a memorias se abandona el alma,  
José cuenta a Jesús historias llenas  
de interés y de encanto; escuchas una  
que le contó a los rayos de la luna:

“Érase (le decía) un pobre anciano,  
y una hermosa doncella, y un infante,  
mejor diría un Ángel soberano;  
¡qué dichosos vivían en su casa,  
rica de paz, si de ambición escasa!  
Mas ¡ay! que cruel tirano  
robarles su tesoro apetecía,  
el Niño aquél de hechizo sobrehumano,  
del pacífico hogar luz y alegría.  
Esto al saber, sin aguardar al día,  
por la noche el Anciano y la Doncella  
al rincón de su casa “adiós” dijeron,  
y hacia el destierro con el Niño huyeron,  
atravesando con incierta huella  
inmensos arenales y desiertos,  
lugares peligrosos, inclementes,  
temiendo sin cesar ser descubiertos  
por la bárbara espada que degüella  
sin piedad a los niños inocentes.

¡Oh! ¡con qué sobresalto y qué congoja  
caminaban los pobres desterrados!

Si sonaba la brisa adormecida,  
si en el vuelo caía alguna hoja  
del viento de la noche desprendida;  
si en el árbol los pájaros posados  
entre sueños un canto remedaban;  
si los trémulos rayos de la luna  
a través del follaje resbalaban,  
simulando de alguna  
terrible aparición los pies ligeros; -  
¡ay! todo de los pobres viajeros  
aumentaba el penar y la agonía:  
que, exaltada la humana fantasía,  
percibían do quier terribles voces,  
y relucir miraban los aceros,  
y de bestias feroces  
oír imaginaban gritos fieros.  
Mas después de sufrir..."- No más (responde  
Jesús, que ya no puede enternecido  
tal historia escuchar, cuyo sentido  
el corazón sensible le atraviesa):  
el bello rostro presuroso esconde  
de José en el regazo;  
la noble frente con ardor le besa,  
y lágrimas vertiendo de ternura  
a su pecho le aprieta en dulce abrazo...  
Por mirar corazones tan hermosos  
se entreatren los cielos fulgorosos  
y un cántico de amor suena en la altura.

Ya que al justo José el Eterno quiso  
confiar el recóndito tesoro  
que forma la beldad del paraíso  
y a quien canta el Querube con boca de oro;  
ya que de los altísimos arcanos  
el secreto le abriera,  
y la llave del arca  
que esconde las riquezas celestiales  
puso en las puras y benditas manos  
del gran Patriarca;  
¿por qué no vais, oh miserables mortales,  
al amable José que dadivoso  
alarde quiere hacer de su grandeza  
remediando del hombre la pobreza?  
Y cuando de la Iglesia perseguida-  
más siempre vencedora  
y en las luchas cobrando nueva vida-  
el Pontífice Sumo, Pío nono  
le ha aclamado son voz atronadora  
por valedor y universal Patrono,  
respondiendo la tierra conmovida  
de inefable contento  
a la voz del altísimo Jerarca  
que acaudilla a Israel con ardimiento;  
¿a quién acudiremos,  
si aquella navecilla misteriosa  
al recio empuje de las ondas vemos  
desaparecer en noche tormentosa,  
desgarrada la vela, sin los remos;  
pero no sin timón, y sin piloto,  
y sin la estrella que en los cielos brilla?

¿A quién acudiremos  
a favor de la mística barquilla?...  
- A Jesús, gran José, salvaste un día  
de las manos de pérfido sicario,  
y hoy todo corazón en ti confía  
que salvarás su Iglesia y su Vicario.

JUAN B. ALTÉS, Pbro.

## LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS EN BENICARLÓ

Hemos recibido de la Secretaría de las Hijas de María y Teresa de Jesús de este religioso pueblo una edificante y extensa reseña de los santos ejercicios espirituales que los jóvenes y celosos Padres D. Salvador López, catedrático del Seminario, y D. Vicente Alba, director de la Asociación en dicho pueblo, dieron a las animosas jóvenes católicas, cumpliendo una de las prácticas más santas que prescribe el Reglamento. Sentimos en el alma que la abundancia de materiales nos prive de insertar tan bien escrita reseña; mas no podemos omitir el dar cuenta a nuestros abonados de una hermosa carta que nos escribe una fervorosa hija de María y Teresa de Jesús del mismo pueblo después de dichos ejercicios. Es como una delicada flor y fruto que ha hecho brotar sin duda el calor de la divina gracia en estos días de deleitosa soledad. Es además como una contestación a la que decía: "Quiero ser la primera en amar a santa Teresa de Jesús", de que dimos cuenta en el número 26 de la Revista. Dice así:

Señor Director de la Revista titulada **Santa Teresa de Jesús**.

Muy señor mío de toda mi veneración y respeto: Tomo la pluma con indecible alegría de mi corazón, para demostrarle el entusiasmo santo que por Teresa de Jesús reina en los corazones de las Jóvenes católicas de esta localidad. Escasas son mis luces, grande mi ignorancia; pero me ayudarán, lo confío, mis queridísimas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, y esto me basta para ser animosa.

Dirá que he tardado en manifestarle el amor que profesamos a este Serafín humano: es verdad, pero es porque no la conocíamos bastante. ¡Cuánto siento haber conocido tan tarde a Santa tan simpática a todo corazón de joven católica y española, tan digna de todo nuestro amor! Pero aún tengo tiempo para suplir la tardanza; quiero ser la primera en amarla y obsequiarla, en hacerla conocer y amar.

Hemos oído decir que las Jóvenes de Tortosa, Calaceite y Ulldecona y otros puntos quieren ganarnos en amor a santa Teresa de Jesús; pues bien, juntas todas, ¿qué es lo que hacen, qué harán que no lo hagamos nosotras? ¡Oh! de mí sé decir que no sé qué haría por hacer a todo el mundo devoto y fino amante de la Heroína española. Nada se me daría dejar la casa de mis queridos padres, e irme por todo el mundo a publicar las grandezas y bondades de tan gran Santa, o junto con otras amiguitas fundar palomarcitos de la Virgen, como nuestra Madre lo hacía. ¡Oh! no; no consentiré que se vaya el **negrillo** victorioso, y diga: "Las jóvenes de Benicarló son las que me dan más gusto, porque son las que menos aman a Jesús de Teresa y a María y Teresa de Jesús"; sino al contrario, que se vaya bramando despechado, y diga: "Las jóvenes de Benicarló, esas son las que más cruda guerra me hacen, porque nadie les gana en amor ardoroso a Jesús y a su Teresa".

¡Si V. supiera, señor Director, las ansias que tengo de robar los corazones de todas las jóvenes por mi Amada! ¡Si en mis manos estuvieran! ni uno sólo tenía de quedar que no amase a este Serafín humano, gloria la más preciosa, aunque no la más apreciada por desgracia, de la España católica. No obstante, algunas almas van cayendo en las redes amorosas de la graciosa Castellana. Mas ¡cuánta paciencia he menester para lograrlo! ¡Quién me dice **cancionero**! ¡quién que el Niño Jesús que lleva san José en los brazos pondrá mala cara porque tanto amamos a su esposa Teresa! ¡quién otras cosas más pesadas! Pero a todo respondo con mi encantadora Avilesa: "Mientras no den palos, sufrir palabras ¿qué es?". Pero si menester fuere, palos estoy dispuesta a recibir, con tal que salga en la pretensión de hacer

conocer y amar un tantico más a mi adorada Santa. Por ello no paso día sin hablar de Teresa de Jesús y repartir objetos, en especial su peregrino retrato y libritos de la Santa a fin de que se la conozca, pues esto basta para amarla; y al acostarme por la noche le pido su bendición, beso con amor su retrato, y me duermo tranquila.

Muchísimas gracias me ha dispensado y dispensa tan agradecida Santa, que no quiero decirle hoy por no alargarme. Pero bastará decirle lo más principal con la que vienen todas las demás a las almas, y es que ya empiezo a hacer bien el cuarto de hora de oración. Antes lo encontraba tan pesado y difícil que me parecía una montaña, y ahora lo encuentro llano y dulcísimo, el mejor rato de mi vida.

No lleven, pues, a mal las otras jóvenes católicas, que pretenda ser de la vanguardia de honor del ejército de amantes de Teresa de Jesús, la capitana que clame de continuo a todas mis hermanas: Adelante, hermanas mías, y no volver atrás por más que rabien el mundo y demonio, pues que hemos de ser todas de Jesús, María, José y Teresa de Jesús en vida y por toda la eternidad, como lo prometimos solemnemente al ser admitidas al gremio de la Iglesia, y más tarde a la Asociación Teresiana.

Se recomienda a sus oraciones con todas sus hermanas su atenta segura servidora

H. M., Hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús

Benicarló 9 de febrero de 1875.

## HECHOS EDIFICANTES

### XVI HUID DE ELLOS

Uno de los caracteres más marcados del espíritu infernal y de todos sus secuaces es sin duda el infundir desaliento en las almas, disuadirles la práctica de los ejercicios de piedad, inspirarles tedio y aversión por la oración. Con el pecado original más daño recibió nuestra voluntad que nuestro entendimiento, pues es lo más ordinario conocer y aplaudir lo bueno, y amar y obrar lo malo. De aquí es que hay tantas jóvenes de buen entendimiento, que por otra parte tienen la voluntad enferma, sin energía, sin vida para la virtud y el sacrificio.

Y a pesar de ser esto una verdad, a pesar de ser cierto que la voluntad de la juventud necesita que se la aliente y anime de continuo al bien; ¿cuántas personas hay por otra parte buenas que disuaden y desaniman y aumentan esta crónica dolencia en lugar de curarla? ¡Oh jóvenes teresianas! amigas mías, huid de ellos, de los que tal digan, como huiríais despavoridas a la vista del negrillo, pues estos tales a veces sin ellos sospecharlo o caer en la cuenta son ministros de este espíritu infernal que va sembrando siempre la desconfianza en los corazones para imposibilitarles la conversión a Dios y la santificación. ¡Ah! decía un sabio y experimentado sacerdote; me consta que la mayor parte de las almas que se condenan es por falta de confianza en Dios.

Por eso clamaba una animosa hija de Teresa de Jesús: Huid de ellos, de los que os desaniman, en el camino de la perfección. Huid de ellos, y temedlos más que a los mismos demonios, porque hacen más daño a las almas con sus consejos demasiado prudentes que el negrillo con sus travesuras.

Oigamos cómo se explica una escarmentada hija de Teresa. Meditaba un día, nos dice, sobre lo útil que sería para mi santificación ingresar en la Asociación de hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús, porque me instaba a ello una amiga antes vana y desenvuelta, y hoy fervorosa y ejemplar hija de familia desde que ingresó en la Asociación. Bullían en mi imaginación mil encontradas ideas sin atreverme a determinarme, porque mi inconstancia y rudeza para hacer el cuarto de hora de oración diario, que es el alma, el distintivo, lo más esencial de la Asociación teresiana, según me decía mi amiga, me hacían creer indigna, no a propósito para poder llevar con honra el dictado glorioso de Hija de María y Teresa de Jesús. Revolvien-do en mi ánimo tales sentimientos, resolví acudir a quien debía juzgar más animoso que yo en las cosas de mayor aprovechamiento de las almas, cuando esperando oír palabras de aliento me dijo: "No eres buena para orar. ¿Ves ese pajarillo? más fácil le será mudarse el color por sí mismo, que no tener tú todos los días ese rato de conversación con Dios. ¿Cómo? gente que

no va a misa más que en día de precepto, alma que no comulga sino una vez al año, ¿sabrás estar un cuarto de hora a solas con su alma y su Dios? Imposible, imposible”.

¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamé en mi interior, ¡imposible! ¡imposible para mí el medio más fácil, más seguro y eficaz de salvación y santificación! ¿Había de renunciar a la alta honra de ser Hija de María y Teresa de Jesús? ¡Oh! Válgame santa Teresa de Jesús abogada de imposibles; yo quiero probarlo al menos, y lo que a mí me es imposible, me será fácil, lo confío, con la ayuda de Jesús y su Teresa. Y así fue. Diez meses transcurrieron desde que resonó a mis oídos la palabra fatídica de desaliento (infernál, querría decir) imposible, y gracias a santa Teresa de Jesús no sólo me ha sido posible, sino fácil y sobre fácil suavísimo el ejercicio de la oración. Y ahora Hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús, cuando oigo a alguna persona que no es para gente joven orar y meditar, clamo siempre a mis amigas: Huid de ellos: son los que tal dicen agentes y procuradores de los intereses del negrillo; mas no lo son de Jesús. Oíd al contrario y sed amigos de los que como santa Teresa de Jesús os griten: Ánimo, ánimo, Hijas mías: oración, oración, hermanas mías, porque es cosa que os va la vida en tener todos los cristianos oración. Mas si alguien os desanima diciéndoos que no sois buenas ni tenéis tiempo para orar, huid, huid de ellos.

## REVISTA EXTRANJERA

ROMA. El **Diario de Florencia** describe la audiencia concedida por el soberano Pontífice al P. Chevalier, fundador y primer superior general, de la Congregación de misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, en Issoudun, quién presentó a Su Santidad una súplica, suscrita por tres millones de católicos de todo el orbe, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al sagrado Corazón de Jesús, formando treinta volúmenes ricamente encuadernados, uno de los cuales contiene cartas de 160 obispos que prohíjan aquella petición.

Esta ofrenda que llena los deseos expresados por Su Santidad en junio del año próximo pasado al manifestar a dicho P. Chevalier “que se tendría por dichoso de consagrar al mundo católico al sagrado Corazón de Jesús si los fieles lo pedían”, fue recibida por el Papa con indecible júbilo, contestando al sentido discurso que aquel le dirigió en los siguientes términos:

“¡Tres millones! ¡pero esto es un ejército! ¡Pues bien! voy a ponerme a su frente, e iremos a conquistar el mundo.

Deseo que lo que decimos en la tierra sea repetido en el cielo, Nos pedimos siempre y esperamos el triunfo con confianza. Debemos esperar que Dios bondadoso nos libertará; necesitamos valor para pelear los combates del Señor, y para triunfar de todos nuestros enemigos; mas no debemos temer. Que nuestra bandera sea la bandera de la verdad, la bandera de la oración, y así estamos seguros del triunfo. Nos pediremos a Dios la fuerza que nos es necesaria”.

La petición presentada por el P. Chevalier es ya objeto de examen por una comisión nombrada al efecto. Es, pues, de esperar que muy pronto se verán cumplidos los votos de los 160 individuos del Episcopado que se han adherido a la súplica y de los tres millones de fieles que la suscriben, realizándose con tal consagración las frases dirigidas por Pío IX al mismo P. Chevalier, hace algunos años: “La Iglesia y la sociedad no tienen esperanza sino en el Corazón de Jesús. Él curará todos nuestros males”.

- El día 4 de febrero, a las once de la mañana, Su Santidad se dignó admitir en la sala del Trono a todos los párrocos de Roma, juntos con los oradores que habían de predicar la divina palabra en la Ciudad eterna durante la Cuaresma.

El Santo Padre dirigió a esos dignos ministros del Señor un breve discurso, en el cual, tomando por tema la carta primera que escribió en Roma el Príncipe de los Apóstoles, con la oportunidad que le distingue, con las más tiernas y fervorosas palabras les recordó a todos los altísimos deberes de su ministerio sacerdotal, tan necesarios singularmente en estos infelices tiempos, en que si el paganismo no tiene en Roma, sede del Catolicismo, sus inmundos templos, ha plantado en ella la impiedad sus tiendas, y se esfuerza de todos modos en paganizar al pueblo fiel. En seguida, para confortar su espíritu, les dio su apostólica bendición.

Luego después fue admitida en audiencia una diputación de la ciudad de Segni, presentada al Santo Padre por su obispo coadjutor M. Testa, que iba a dar gracias a Su

Santidad por el regalo que les había hecho de un magnífico ostensorio, en mármol, y por haber ordenado que se renovara a expensas suyas el pavimento de aquella catedral.

Terminadas estas audiencias, y habiéndose cerrado preventivamente las puertas exteriores de la gran basílica Vaticana, Su Santidad, acompañado de su noble Antecámara, bajó a la iglesia de San Pedro, que no había visitado desde la época tristísimo del 20 de septiembre de 1870. Pío IX se dirigió en primer lugar a adorar el santísimo Sacramento; bajó después y permaneció por largo tiempo en oración junto al sepulcro de san Pedro, y volvió a sus aposentos acompañado asimismo de sus fieles servidores.

FRANCIA. Una brigada de obreros está constantemente trabajando alrededor de la gruta de Lourdes para transformar aquellas rocas y aquellos sitios desiertos en un verdadero oasis. A la derecha de la basílica, sobre el lado de la montaña del Calvario, se está construyendo la residencia para los misioneros, que tendrá 110 metros de fachada; más allá se levanta ya el palacio episcopal con su jardín. En frente, a orillas del Gove, dando cara a la gruta, se levantan conventos como por encanto. Nuestra Señora de Lourdes acaba de traer nuevas falanges de vírgenes a aquella bendita tierra; las Reparatrices de Tolosa, las Clarisas de Lyon, han tomado ya su puesto para hacer una guardia de honor a la inmaculada Virgen con las Benedictinas, las Carmelitas, las Hermanas azules, las Hermanas de Nevers y las Hermanitas de los pobres.

## **RETIRO MENSUAL.- Día 15 de abril**

### **Máxima**

Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una que es particular; ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas. (Santa Teresa de Jesús, aviso 68)

### **Virtud: Santificación de las fiestas**

Acuérdate de santificar el sábado o días festivos. (Exod., c. XX, v. 8)

### **Reflexiones**

El precepto de santificar las fiestas es tan antiguo como el mundo, pues Dios nuestro Señor después de haber trabajado seis días en la creación del Universo, descansó en el séptimo, y bendiciendo este día lo hizo sagrado, dedicado a su culto y libre de las fatigas del trabajo. Notificó este precepto el Señor a Adán y a sus descendientes, para que en este sagrado ocio agradecieran especialmente el beneficio de la creación.- Por ello al renovar este olvidado precepto les dice a los hijos de Israel que se acuerden de él, para significarles que no era nuevo.

También hoy el Señor clama por boca de sus ministros a pueblo cristiano: Acuérdate de santificar las fiestas. Clama por medio de su Madre santísima a su pueblo: Acuérdate de santificar las fiestas. Clama, en fin, por la voz elocuente de tantas desgracias y castigos: Acuérdate de santificar las fiestas. ¿Y por qué clama el Señor en todos los tonos que nos acordemos de santificar las fiestas? Porque del olvido de este precepto vienen insensiblemente todos los males al individuo, y a los pueblos, y a las naciones. Desde que se ha suprimido o dimidiado el Domingo (pues si no todo a lo menos la mitad roban muchos a su Dios del día festivo) van los hombres perdiendo el temor de Dios, y la esperanza y deseo del cielo, y padecen hambre canina de las cosas de la tierra, y los corazones no tienen paz, ni descanso, ni los espíritus vida cristiana. No santificando las fiestas, no se sabe qué es vida de familia, ni se gustan sus goces purísimos; y la sociedad, roto el anillo de la cadena de oro que con Dios la ataba, anda sin rumbo ni norte fijo experimentando convulsiones y sacudidas que la trastornan y desconcierta colocándola al borde del abismo.

¡Cosa rara! todas las cosas apetecen el descanso después del trabajo, excepto el profanador de los días festivos. La abeja y la hormiga, tan industriosas en verano, descansan en invierno. Los árboles y plantas, después de producir hojas, flores y frutos, cesan de su trabajo. Y aún Dios mismo, Autor de todas las cosas, después de haberlas criado descansó. Sólo el demonio, observa san Buenaventura, y los condenados del infierno son los que no

hallan punto de descanso. Se afanará eternamente, dice el real Profeta, (Psalm. 48). A estos imitan aquellos miserables que no creyéndose bastante desdichados cumpliendo la condena de trabajar seis días para adquirir los bienes o males de este mundo, se afanan por darse continuo tormento, robando a Dios y a su alma esta tregua a su infelicidad que les concede el Señor como Padre amoroso al mandarles que descansen en el día festivo.

Observa el sabio Galeno que todas las enfermedades graves o agudas suelen terminarse en el día séptimo, señalándonos la naturaleza misma que en el día séptimo ha de parar toda calentura que le destempla, para que cesen las enfermedades del alma. No obstante, irritan aún más a Dios los que hacen los días de fiesta días de mentira, valiéndose de ellos para pecar más; no para santificarlos, sino para llenarlos de pecados mayores. ¡Cuántas veces exclama el Señor con indignación al ver la conducta pagana de muchos cristianos en este día: Aborrezco vuestras festividades, porque en lugar de ser para mí días de descanso, son días de mayor trabajo! (Isaías, c. I, v. 14). Las aborrece el Señor, porque no son fiestas suyas, sino del demonio, del mundo, de las pasiones: no son para santificaros, sino para embruteceros; no para descanso de vuestro cuerpo y de vuestro espíritu, sino para fatigaros más andando con mayor prisa por los caminos difíciles del pecado en tales días. Por esto dice el Señor en su justo enojo: "Aventaré sobre vuestro rostro la hediondez de vuestras solemnidades". (Malaquías, c. II, v. 3)

¿Qué hacer, pues, para agradar al Señor y desagraviarle? Observar todos los días los propósitos siguientes para recrear al Señor con los perfumes del incienso que exhalará el

#### **Ramillote espiritual**

1º. No trabajaré ni haré trabajar a ninguna persona que esté bajo mi dependencia en ningún día festivo, sino en el caso de inexcusable necesidad.

2º. No compraré cosa alguna ni favoreceré directa ni indirectamente a los que tratan de aumentar sus intereses temporales, robando al Señor la gloria trabajando en días festivos.

## **GRACIAS**

### **Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos**

El triunfo de la Iglesia y la libertad de Pío IX.- La paz para España.- La conversión y cristiana muerte de dos personas.- Cuatro comunidades religiosas.- Éxito feliz para un asunto de mayor gloria del Corazón de Jesús y su Teresa.- Dos fundaciones religiosas.- Las Hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.- Los prelados españoles.- Los seminarios conciliares.- Dos enfermos.- La destrucción de las herejías.- Los católicos alemanes y suizos.- Espíritu de oración para los devotos de san José.- La restauración de las Órdenes religiosas en España.- La reforma del Carmelo.- Las Hijas de Teresa de Jesús Descalzas.